

LA SEGUNDA MAÑANA VERDE

“¡Ya vienen, ya vienen!”

Los gritos emocionados resonaban por todo el valle. Artemisa dejó sus herramientas al lado del molino de viento que estaba reparando aquella mañana y corrió hacia su deslizador. Había esperado aquel momento con ansias; no quería perderse nada.

Pasó rápida como un suspiro por en medio de los campos dorados, entre las granjas de paneles solares y por encima de los puentes que se alzaban sobre las quebradas cristalinas. El mundo parecía despertar ahora —renovado, reconstruido— después de la última catástrofe. Se respiraba el aire de las segundas oportunidades; de la vida que, lenta y paciente, retomaba su curso.

Artemisa llegó por fin hasta la planicie. Todos sus vecinos estaban allí: los niños, los abuelos e, incluso, los animales de las praderas, que habían acudido como atraídos por un llamado invisible. Cientos de miradas se enfocaban en el horizonte, expectantes.

De improviso, varias sombras se recortaron en la distancia. Cuerpos frondosos y espesos que se acercaban cada vez más como una marea esmeralda, llenando el paisaje. A todos le llegó una brisa suave, que transportaba un aroma floral y el olor a tierra mojada.

Los habitantes del campo sonrieron y agitaron las manos para recibir a sus nuevos invitados.

Eran los árboles, que regresaban de su última migración estacional para arraigarse, por fin, en el valle. Entre sus ramas se adivinaban formas de pájaros y frutas. Los planetólogos llamaban a este fenómeno “mañana verde”. Dentro de poco, los árboles plantarían a sus propios retoños y el ciclo comenzaría de nuevo.